



1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14

400840  
MADENİSARAY

P

3  
2  
1

3  
2  
1

3  
2  
1

B. 36. 424

8-11-31

# EL SUICIDIO

POR

ENRIQUE GASPAR

BIBLIOTECA MUNICIPAL	
— GRANADA —	
Sala	C
Estante	99
Número	60112

GRANADA:

Imp. de EL PUEBLO, Naranjos, 2

1896

---

DONADO Á LA BIBLIOTECA  
UNIVERSITARIA DE GRANA-  
DA POR ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖  
FRANCISCO LUIS HIDALGO  
Y RODRÍGUEZ, EN MEMORIA  
DE LA POETISA GRANADINA  
D.ª ENRIQUETA LOZANO. ❖

---

## EL SUICIDIO

Nuestra Santa madre la Iglesia Católica anatematiza justamente el suicidio como acto de rebelión contra la voluntad divina; porque en efecto, desertando el lugar que El nos ha señalado en el mundo, violamos el deber de obediencia que nos liga á Dios.

Tampoco la filosofía moderna le dá cuartel; pues siendo el hombre, según Kant, una entidad moral, carece de derechos sobre sí y tiene la obligación de conservar su vida por la eventualidad del bien que pueda hacer á sus semejantes, cualquiera que sea la insignificancia de su condición.

De ello se deduce, que, llámese Judas Iscariote, y juez de su propia causa, des-

cienda á ejecutor de su misma sentencia; ó apellídese Catón y Bruto y asuma el sentimiento de indignación de que su corrompida patria carece, el suicida, como consecuencia, produce en todo caso un mal irreparable; y bajo este supuesto hay que combatirlo sin tregua ni reposo.

Pero de ahí á establecer conclusiones terminantes, asegurando los unos con Platón que el suicida es un cobarde, ó afirmando otros con Séneca y los demás estóicos, que el suicidio es una determinación heroica, media un abismo que no es prudente saltar.

Las causas que lo motivan, las circunstancias que lo acompañan, el fin que lo produce, atenúan ó agravan el hecho; y aunque el resultado sea siempre vituperable, el moralista no dejará de reconocer que, entre un caso y otro, puede recorrerse desde el «alpha» de la estulticia hasta el «omega» de la abnegación.

Juan Robeck, educado en la religión reformista, se convierte al catolicismo en Westfalia y pertenece largo tiempo entre los jesuitas en Rinteln. Parecía lo

lógico que, fortalecido su espíritu con las revelaciones de la fé, huyera el pecado, como habían huido las impiedades de la filosofía del siglo XVIII, en todo su apogeo en el instante de su conversión.

Y sin embargo; llega á Bremen, escribe la apología del suicidio en su: «*Exercitatio philosophica de morte voluntaria*» y acaba su vida arrojándose al Wese. ¿Fué un cobarde, según el autor del «Phedon» ó un héroe según el maestro de Nerón? Ni lo uno ni lo otro. Nacido en Calmar, predispuesto á la melancolía por las brumas de los pantanos suecos y trasplantado á Alemania, lejos de encontrar en la patria del astrónomo Olbers un alivio á su mal, tórnase éste incurable con la nostalgia del canal de la Gothia. Y como el tísico sucumbe á la asfixia, Robeck da con el suicidio, que es por lo común el término del hipochondriaco. Era, pues, un enfermo.

El ejemplo es otra influencia á la cual rara vez se sustrae el hombre. La moda esa consecuencia de nuestro espíritu de

imitación, en la que á mi juicio no es la culpa del que la inventa, sino del que la sigue, arrastra como un torrente aún á las naturalezas menos vulgares. No de otro modo se explica, que el más profundo de los críticos modernos, el gran disector del corazón humano, el insigne y nunca bastante llorado «Fígaro», que en una de sus aceradas sátiras hacía bfa del inexperto mozalbeta que «aún cree en el amor de la mujer», confiase á una bala el castigo de su credulidad y la cura de un desengaño en la edad viril. Pero si su época tenía vicios de contextura que él había sabido fustigar con su privilegiada organización, su sociedad estaba también envuelta en una atmósfera de romanticismo que no podía eludir, pues constituía el aire respirable de su elemento, el traje de las pasiones de aquella estación, cuyo último figurín le imponían sus contemporáneos.

Este fenómeno sigue repitiéndose en nuestros días, si bien obedeciendo á un orden de ideas distinto. La moda presente es la rebelión contra toda idea de su-

perioridad. El suicida de los tiempos del Werther con sus escurriduras de caballero andante y sus anacronismos de paladín de las preocupaciones de su edad. El suicida de hoy, revolviéndose contra todo lo que está sobre él, es un faccioso. El primero decía: «Os abandono; perdonadme.» El segundo grita: «Me libro de vosotros; os desprecio.»

Y es lógico. La negación de toda entidad divina trae consigo el ensoberbecimiento de la personalidad humana. ¿Qué puede existir sobre el sér que no ve más que á sí mismo? De aquí que la notoriedad constituya la única recompensa posible de su conducta y cambie la oscuridad de la resignación por la triste gloria del crimen.

Aún resuena en nuestros oídos el clamor de asombro arrancado á los parisienses por el suicidio de la Feyghine. Sus panegiristas se empeñan en presentárnosla como una mujer nacida para amar y humillada por la condición de mancaba á que la había reducido el duque de M... Por fortuna para los fueros

de la verdad, nos salen al paso el hotel adquirido como precio de la infamia y la fúnebre visita de la actriz en casa de su amante. La que ama se entrega, pero no se vende; la que sucumbe á la vergüenza, cae en un rincón de la escena del mundo y no prepara el artificioso golpe de efecto teatral. La notoriedad era su objetivo; lo buscó en la dramática sin conseguir hallarla. Ella misma declaró que, si su éxito en «La Extranjera» no era ruidoso, se mataría ante los espectadores.

¿Por qué, pues, no ha de suponerse que aspiraba á trocar la corona de tarco de guardarropía por la ducal diadema, cuando tantos ejemplos está dando el vicio de que con osadía se escalan todas las ambiciones? Como hay malvados que asesinan por echárselas de valientes, hay criaturas que se destruyen por no parecer vulgares. ¡Lamentable celebridad! Para estas notabilidades del terror no existe mejor medicina que el fiasco del silencio. Lo que más teme la vanidad es una tumba sin epitafio.

Tal es el influjo del ejemplo, tanto el poder atractivo de la imitación, que en época no muy remota dióse el caso en el cuartel de Inválidos de París de aparecer ahorcado cada quince días uno de aquellos ilustres mutilados de Austerlitz y Jena. Pero lo notable del hecho es que todos elegían, para teatro de su ejecución, una puerta sobre la que había clavada una enorme escarpia. La primera reproducción de la tragedia, trajo consigo admoniciones de los jefes para con los subordinados; la segunda, hizo redoblar la vigilancia; las subsiguientes valieron penas severísimas á los que, con razón ó sin ella, eran señalados como instigadores del suicidio. Mas como el mal creciese y todo remedio resultase ineficaz, ocurriósele al médico del establecimiento mandar arrancar el clavo; y desde aquel punto no se volvió á registrar una nueva catástrofe. Entre los corderos de Panurgo y el pobre mortal, suele no haber á veces más diferencia que las lanas.

La locura producida por el desarreglo de las pasiones, es la que con más fre-



cuencia conduce á tan trágico fin; locura que por no estar bastante determinada, se confunde á menudo con predisposiciones especiales del ánimo, hijas de hondos sufrimientos. Recuerdo el caso de un condiscípulo mío á quien muy de tarde en tarde solía ver después de nuestra salida del colegio. Un día, ya éramos hombres los dos, me lo encuentro en la calle y le pregunto qué es de su existencia.

—Mal—me responde.—Estoy arruinado y no vislumbro solución á mi problema. Si al menos se muriese mi padre, heredaría.

Semejante deseo en un hijo que no era un malvado, no podía provenir sino de un principio de enajenación mental. Sus actos, no obstante, no infundían la menor sospecha, y sus más íntimos apenas si le calificaban de atolondrado. Pocos meses después se pega un tiro.

—Disgustos de familia—dicen unos.

—Pérdidas en los negocios—exclaman otros.

—Locura—locura, repito yo para mis adentros.

Por fortuna, si no para el arrepentimiento del suicida, que siguió siendo el mismo, para esclarecimiento de la verdad, mi condiscípulo sobrevivió al balazo, si bien sucumbió años más tarde á consecuencia de él; y por confesión propia supo todo el que quiso oírle, que había tomado aquella determinación porque una mujer mercenaria, á la que había estado comprando sus favores por largo tiempo y con quien había reñido semanas antes, no quiso aceptar una proposición de matrimonio que le hizo la víspera «para resacirla del disgusto que le causara el rompimiento».

Si esto no es la locura sin válvula de desahogo como el vapor sin escape, allá va el estallido. Arrodillado ya delante de una imagen de la Virgen y amartillada el arma para cometer el atentado, recordó que le faltaba un capítulo para acabar una novela de Dumas que le interesaba mucho. Trocó, pues, la pistola por el libro, se enteró del desenlace y, satisfecha su curiosidad, volvió á apuntarse al corazón; que Dios no quiso que

se lo partiera para que la apoteosis del vulgo no usurpara, en esta ocasión, los derechos al médico alienista.

Pero si la enfermedad, la extravagancia, el extravío mental y las corrientes del ejemplo, son, en la mayoría de los casos, el impulsor del suicidio, tampoco puede negarse que la exacerbación de un sentimiento elevado, la exageración de un deber y el fanatismo de la rectitud, son capaces de confundir la alucinación con el heroísmo.

He aquí un ejemplo histórico que el filósofo racionalista y el católico ferviente calificarán de muy distinto modo:

Hace más de veinte años anunció «La Correspondencia» el suicidio de un hombre á quien ni nombraba; pero que en la época de Plutarco acaso hubiera merecido un puesto entre sus héroes.

Era el tal, padre de una numerosa familia y poco sonreído de la fortuna. Avido de mejorar la situación de los suyos, presentóse á licitación en una subasta de carreteras, constituyendo en depósito la cantidad que componía su men-

guado capital, completada con los préstamos de más de una mano caritativa. Adjudicados que le fueron las obras, disponíase ya á emprenderlas con la esperanza de un beneficioso resultado, cuando apercibióse el infeliz de que en sus estudios previos había omitido una circunstancia tan esencial, que con este gravamen la especulación que juzgó productiva se tornaba ruinosa.

Viendo comprometidos los intereses de sus hijos y los de sus protectores, intentó ceder sus derechos; pero nadie aceptó el traspaso de la adjudicación ni con pérdidas de importancia. En tal estado, dirigióse al Ministerio con el propósito de anular el contrato y salvar la fianza, su único patrimonio; pero la ley estaba terminante. El depósito tenía que perderse si se faltaba al cumplimiento de la obligación, pues sólo en caso de muerte del concesionario, antes de que los trabajos dieran comienzo, podía devolverse la suma á sus herederos.

El desgraciado padre no pensó más; dirigióse al Prado y pagó con su vida

el préstamo de sus bienhechores y el pan de mañana de sus hijos.

¿Fue un cobarde que no se atrevió á afrontar el porvenir? Me parece absurdo.

¿Fue un héroe al sacrificarse por los otros? Que lo afirme el ateo: yo creo en Dios.

EIN